

## *Nicodemo: un intelectual valiente y coherente<sup>1</sup>*

1. Ordinariamente vemos a Jesús rodeado de gente sencilla: pastores, campesinos, amas de casa, pescadores... Sin embargo, el Señor recibía a todo tipo de personas. El texto que acabamos de escuchar nos refiere el encuentro con Nicodemo, un intelectual. Un hombre instruido en las Escrituras, de buena posición económica y con un cargo influyente en el sanedrín, que era como una especie de senado del pueblo elegido.

La escena se ubica en Jerusalén, probablemente momentos después de que Jesús ha manifestado su condición divina, su identificación con el Padre eterno... y, como no podía ser de otra forma, se ha armado un gran revuelo entre los sacerdotes y ancianos que dirigían religiosamente al pueblo de Israel. Unos pocos creen, y lo ven con simpatía; otros muchos no creen, se indignan violentamente, y lo consideran blasfemo... Otros, en fin, dudan. No saben si creer o no creer. De estos últimos parece ser Nicodemo. Por eso busca un encuentro personal con el Señor. Quiere someterlo, si fuera posible, a un cuidadoso interrogatorio para despejar sus dudas. Y, como el ambiente es muy difícil, la cita tiene que concertarse de noche y con la mayor discreción.

Estamos ante un hombre de criterio. Con sólida preparación doctrinal, de mente abierta y con una fina sensibilidad. Ha sido deslumbrado por la imponente figura del Maestro. Le cautiva su predicación. Y ha comprobado, además, el misterioso poder que emana de su persona y su especial capacidad de realizar curaciones impresionantes.

2. Se entabla el diálogo. Ambos hablan pausadamente de la llegada de un nuevo tiempo que exige un nuevo nacimiento, así como de la misteriosa acción del Espíritu y de cosas semejantes. En un momento determinado, el Señor dice: *Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna<sup>2</sup>.*

En la memoria de Nicodemo aparece la conocida escena del libro de los Números<sup>3</sup>. Ante las murmuraciones de los israelitas en su peregrinación, el Señor los castiga enviándoles unas venenosas serpientes que los atormentan. Acuden a Moisés y este, por indicación de Dios, levanta en el centro del campamento una gran serpiente de bronce que al ser mirada por las víctimas, les devuelve la salud.

Las palabras de Jesús, conforme avanza el diálogo, son cada vez más serias, más profundas. Para Nicodemo es indudable que este hombre sabe muy bien lo que dice. Habla de algo que va a suceder en el futuro como si lo estuviera viendo. Mientras que, en la memoria del visitante nocturno, resuenan los ecos recientes del enérgico rechazo a este joven galileo por parte de los círculos dirigentes del pueblo. Y, quizás, se queda asombrado al ver que ese crimen que se está tramando, un crimen horrendo, según Jesús se convertirá

---

<sup>1</sup> IV de Cuaresma, B.

<sup>2</sup> Evangelio, *Juan* 3, 14-15.

<sup>3</sup> *Números* 21, 4-9.

en un sacrificio redentor. Porque, añade el Maestro con unas palabras en las que la densidad teológica alcanza su más alta expresión: *tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*<sup>4</sup>.

Se vislumbra que el pecado más grave que pueden cometer los hombres, ese espantoso *segundo pecado original* (R. Guardini<sup>5</sup>) de privar de la vida al mismo autor de la Vida, de clavar en la Cruz a nuestro Señor, se convertirá por disposición de la Providencia divina en la más bella expresión del amor y de perdón de Dios a los hombres.

Nicodemo ya no dice nada. Se queda en silencio meditando las reflexiones del Maestro. Luego se despide y se va. Pero, tiempo después, cuando llegue el momento del cumplimiento de la profecía, cuando lo dicho por Jesús se realice en el calvario, ahí estará este buen hombre, dando la cara por el Señor, junto con José de Arimatea, pidiendo el cuerpo de Jesús al procurador romano para cumplir el honroso deber de sepultarlo dignamente.

3. *Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.* ¿Qué nos dicen hoy a nosotros estas maravillosas palabras de Jesús?

A mí me parece que al menos dos cosas muy concretas. En primer lugar que, como aquellos pobres judíos del desierto, al mirar la Cruz de Cristo experimentemos el hondo consuelo de *sabernos perdonados por Dios*. En el horizonte de nuestro caminar cuaresmal, alcemos esperanzadamente la mirada a la Cruz. Ella representa, no lo dudemos, la cumbre del amor de Dios por nosotros y la fuente de nuestra salvación (Benedicto XVI)<sup>6</sup>.

4. Y, en segundo lugar, que imitando la actitud receptiva y humilde de Nicodemo seamos, como él, capaces de dar una respuesta valiente a nuestro Salvador cuando otros no lo hacen. Ante tantos falsos discípulos que se refugian en un cómodo y cobarde anonimato, que nosotros seamos capaces de manifestar abiertamente nuestra condición cristiana.

Con nuestras palabras y, más aún, con nuestras acciones, que reflejemos de modo sencillo y natural nuestra vocación de hijos de Dios. Si en la convivencia diaria, en el lugar de trabajo, de estudio o de descanso, son muchos los que se dejan deslizar por los excesos al comer, al beber, al hablar, al usar de las redes sociales... que nosotros sepamos dar una nota de sobriedad y elegancia, de señorío sobre las cosas de este mundo. Escribió san Josemaría: *Amo tanto a Cristo en la Cruz, que cada crucifijo es como un reproche cariñoso de mi Dios: ... Yo sufriendo, y tú... cobarde. Yo amándote, y tú olvidándome. Yo pidiéndote, y tú... negándome.*<sup>7</sup>

---

<sup>4</sup> Juan 3, 16

<sup>5</sup> R. GUARDINI, *El Señor*, p. 195.

<sup>6</sup> *Angelus*, 2012.

<sup>7</sup> *Via Crucis*, XI, 2.

Me viene a la memoria la aguda frase que un día le dijo un muchacho de preparatoria a un compañero suyo: *Tú, ¿no te sientes un poco incómodo de estar tan cómodo?*

Que nuestra madre la Virgen María nos ayude a ser un poco más desprendidos de las cosas que proporcionan placer y comodidad y nos anime a acompañar al Señor en el camino de la Cruz y en la Cruz.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 11 de marzo de 2018